

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

ALBERDI GALANTE()(421))*

ALBERTO G. PADILLA(**)(422)

La mujer está prácticamente ausente en los escritos que Alberdi publicó. De los setecientos títulos fichados por Córdoba en su Bibliografía sólo dos le conciernen: "El retrato de una niña" y "Condición actual de la mujer", simples artículos aparecidos en los periódicos de Montevideo de 1838(1)(423). Sin embargo, Alberdi dedicó una buena parte de su vida a alternar con la mujer. Así lo veremos en esta reconstrucción que he hecho del itinerario sentimental de este hombre, generalmente tenido como un solitario huracán e introvertido.

Es cierto que no triunfó en las lides amorosas, pese a las muchas simpatías que despertó en el bello sexo, granjeadas - como lo anota Pelliza en su estudio biográfico - por su afición a la música, "su educación esmerada, francas maneras y elegancia en el vestir"(2)(424).

Pero, hombre "reconcentrado y sensible", a quien "todo le afecta con una intensidad dolorosa", como señala García Merou(3)(425), carecía del temperamento que despierta la pasión. En procura de un análisis del modo de ser de Alberdi, Sáenz Hayes se adhiere al juicio de Groussac. Para éste, Alberdi, si bien fue abogado hasta la médula, no lo fue tanto como para renunciar en absoluto a los placeres del espíritu. Y, con su acostumbrada fineza, Sáenz Hayes agrega que Alberdi sabía conmovirse con dignidad y era capaz de "confesar ternuras, de manera discreta, en voz baja y dulce"(4)(426).

Así se presenta a través de las cartas que voy a citar, y de las referencias a su vida privada que he tomado del exhaustivo libro de Mayer, Alberdi y su tiempo.

Hace años, mi amigo Aureliano García Calvo me entregó las cartas que Alberdi había escrito a su bisabuelo, don José C. Borbón. Las utilicé entonces para escribir un trabajo titulado Alberdi en viaje por América y Europa(5)(427). En aquella correspondencia encontré que una mujer, Matilde Lamarca, había ocupado un sitio excepcional en su vida. Dejé el tema de lado para no incurrir en la indiscreción de entrar en lo confidencial. Pero el asunto resultaba igualmente abordado por Alberdi en las cartas que escribió a otro amigo, don Francisco Villanueva, las cuales aparecieron

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

íntegramente publicadas en Chile. Y, ya sin escrúpulos, tomé de ambos epistolarios las notas de las que resultaba la historia de aquel sentimiento de Alberdi. Luego me pareció que correspondía presentarlo dentro del itinerario sentimental de toda la vida del prócer, naciendo así este nuevo testimonio a su memoria.

El acercarnos a la intimidad de un gran hombre pone calor al reverente recuerdo que le debemos, y el interesarnos en el conocimiento de esta intimidad resulta todavía más explicable cuando existe algún motivo - así sea remoto - que nos acerque al personaje. En mi caso, y con relación a Alberdi, concurre la circunstancia de haber sido mi antepasado Manuel Padilla el padrino de bautismo del niño Juan Bautista, y el de haber éste nacido, como yo, frente a la plaza de Tucumán, en la acera del Cabildo.

Por una sugestiva coincidencia, este aporte tiene lugar cuando acaba de cumplirse el centenario de un acontecimiento que fue altamente significativo en la vida de Alberdi: su regreso a la Patria después de cuarenta años de ausencia. Y esta coincidencia se vuelve más sugerente si se recuerda que fue en la quinta de Borbón, el destinatario de las cartas que voy a citar, a donde fue entonces a vivir Alberdi(6)(428).

I. En las horas descansadas de su primera travesía del Atlántico, el joven Alberdi escribió una página romántica. En ella imagina a Byron - "¡Oh poeta formado para crear la belleza!" - extasiado ante las mujeres que en las márgenes del Plata marchan "con pasos dulces como las cadencias del verso", o absorto al sorprender a la virgen del Tucumán, errante entre los bosquecillos de mirto, al pie del Aconquija.

Esta última referencia nos coloca en el lugar donde se habría iniciado su vida sentimental. Ya hacía tiempo que su médico, para sacarle de la depresión en que había caído, le recetó imperiosamente: "¡Deje los libros, vaya a los bailes!" Pero recién en su ciudad natal es donde aparece la protagonista de su primer romance. Así resulta de una carta que su amigo Marco Avellaneda le escribe en 1836, después de la temporada que Alberdi ha pasado en Tucumán: le cuenta que ha estado con Marta, cuyo apellido omite, y que ha visto cómo el rostro de la joven se enrojecía a la sola idea de que Alberdi pudiera regresar(7)(429).

No conozco ninguna línea de éste que aluda a Marta, pero debió tenerla presente cuando, en la Memoria descriptiva de su provincia, dijo que las tucumanas "tienen por lo común, pálida la tez, ojos negros, grandes, llenos de amor y voluptuosidad". Son mujeres, agrega, comparables a las inmortalizadas en las producciones de Rafael, pues "reúnen una hermosa mezcla de sensualidad, candor, simpatía y encanto".

Arturo Capdevila, en su "Romance a la soltería de Alberdi", dice: "Cartas de amor que se escriben / ¿Por qué no se mandarían? / La novia que tuvo Alberdi / su amada de Tucumán. / Si una le escribió, sabemos / que no la supo mandar"(8)(430).

El otro lugar en que Alberdi imaginó a Byron fueron las márgenes del Plata. Debió hacerlo recordando sus visitas a las quintas sobre el río, donde, junto con sus contemporáneos, los denominados "doctores enamorados", se

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

reunían con las niñas de la sociedad porteña.

Cané, que había sido del grupo, ya refugiado en Montevideo, le escribió pidiéndole noticias de esas amigas a las que enumera por sus nombres de pila. Y al fin de la lista, con descaro, y como haciéndole un reproche, le inquiere: "¿Siempre respetas su honor?".

Esta actuación la completa Alberdi con la que tiene como concurrente al patricio salón de Mariquita Sánchez, madre de sus amigos Mendeville, quien, como antes lo hiciera la señora de Cané, le brindó algo de esa ternura que no pudo recibir de su propia madre, muerta al dar a luz.

Estas actividades sociales no fueron obstáculo para que Alberdi mantuviera relaciones íntimas con Petrona Abadie y Magán, que era de otro medio. Estas relaciones coinciden con el nacimiento de Manuel hijo de Petrona, quien usaría el apellido Alberdi. Si bien en alguna anotación Juan Bautista habla de "mi chiquito", oficialmente no lo reconoció como hijo sino como "sobrino".

Veinte años después, Alberdi menciona a Petrona al hacerla destinataria de uno de los encargos que deja hechos a Borbón, cuando sale de Valparaíso para Europa. Al respecto, ya en París, le escribe a su amigo: "Permítame advertirle, mi querido Borbón, que su apoderado en Buenos Aires ha olvidado o dejado sin ejecución el encargo que le indiqué a usted al fin de mis instrucciones. Es relativo a la mesada de una onza de oro (hasta doce, es decir, un año) que debía recibir una persona en Buenos Aires, allí residente. Cuando yo pensaba que ya se había cumplido un año, recibo una carta en la que me dice que ni un medio ha recibido"(9)(431).

Se trata de un "acto de beneficencia", le explica a Borbón, que por lo visto ignoraba este episodio de la vida íntima de su amigo. Pero cuánto habría también de agradecimiento para quien compartió alguna de aquellas "noches admirables de mi primera juventud", que pasaron - dijo - "como una ráfaga fragante que se disipa en el cielo".

Cuando Alberdi opta por refugiarse en Montevideo, donde se reúne con varios de los "doctores enamorados", puso sus ojos en la señorita Lastenia Videla, cuya familia había llegado también por entonces a la "Nueva Troya". Su entusiasmo por Lastenia fue grande, pero no tanto como para disuadirlo del viaje a Europa, que emprendió con su amigo Juan María Gutiérrez en 1843.

Al regreso, como el barco toma rumbo a Chile sin entrar al Plata Alberdi consigna su angustia por alejarse del lugar donde quedan Lastenia, mi chiquito, la Patria, en fin"(10)(432).

A su "inolvidable queridísima" le hace llegar la promesa que iría a verla en la primavera que viene". Cané, que no se ha movido de Montevideo, y ha estado con Lastenia, llama a su amigo al orden: "Parece mentira - le escribe - que usted, un hombre formado y maduro, le mande retratitos, recados y otras sonceras que hacen nacer una pasión o fortifican una esperanza"(11)(433).

Lastenia casó con Vedia. Entre sus descendientes porteños subsiste la versión de que la venerable abuela se reía de Alberdi, contando que había vuelto a las andadas cuando hace un siglo regresó a Buenos Aires. Como la

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

galantería era un rasgo propio del carácter de Alberdi, seguramente así ocurrió.

Al iniciar su vida en Chile, a Alberdi le entusiasmó la belleza de Virginia Herrera. En las cartas que desde Valparaíso escribe en 1844 a Félix Frías, que está en Santiago, abundan sus amabilidades para con esta niña: "Dígale algo bonito de mi parte", le pide. En otra carta a Frías le dice: "Las caminatas son con Sarratea, por consiguiente Virginia es el tema de nuestras tertulias, a paso redoblado. Dígaselo así y agréguele un cariñito muy amistoso y muy amable". Y en la siguiente, esto: "Dígale a Virginia que daría un dedo por hablar media hora con ella sobre las preciosísimas ocurrencias a que ha dado lugar esa correspondencia de la semana anterior relativa al biejiño, que desde entonces no me quiere hablar de ello. Cómo se habría reído esa pícara Virginia, a sus solas con lo sucedido; ella lo sabe; hágale leer esto y démele expresiones amabilísimas". Y, finalmente, escribe: "Hoy me ha dado Sarratea un recado muy amable de Virginia, pero le conozco que está inquieta. Lo cierto es que estas carillas de esa pícara muchacha le encienden más y más su amor por ella. Dígale que su ángel de amistad le envía un beso en lo más alto de la frente, donde está el pensamiento de Dios; y que me escriba cartas sediciosas y anarquistas"... Después sigue este anuncio: "Dígale a Virginia que he recibido su cartita fragante como los jazmines y anúnciele que con el biejiño vamos en setiembre por allí"(12)(434). La bella Virginia y el biejiño Sarratea no tardaron en casarse. Radicados en Valparaíso, Alberdi los contó entre los amigos predilectos que dulcificaron su exilio.

Si bien no ocupó en la vida de Alberdi sino las horas de una visita, vale la pena recordar el episodio porque nos muestra la galantería con que trataba a la mujer. En carta a Villanueva, escrita durante el viaje a Europa en 1855, Alberdi le dice: "El general Flores me dio en Lima una carta de recomendación para doña Manuela Sáenz que hablándome de sus amigos de Chile me preguntó si conocía al doctor Villanueva: Uno de mis mejores amigos, le contesté en el acto. Entonces entró en los recuerdos más finos y detenidos de usted como de su mejor amigo. Doña Manuela Sáenz, que usted recordará, la querida que fue del Libertador Bolívar, mujer célebre, se conserva gruesa, sana, alegre, casi fresca. Me llenó de regalos de despedida..."

Villanueva le confiesa a su amigo que "esta mujer amorosa, calavera e inteligente fue en una época un ángel para mí".

De las amigas que Alberdi tuvo en Valparaíso, cabe suponer que la que compartió su intimidad fue Jesusa Muñoz. Ella es la que en carta que le envía a París, después de mencionar la quinta de Quillota, le dice: "¡Quiero tanto esos lugares donde he pasado momentos tan felices!". Simultáneamente, Alberdi tiene con Borbón este desahogo: "¡Oh, si tuviera a mi lado a cierta sujetita que no le necesito nombrar!"(13)(435).

En las disposiciones testamentarias que Alberdi escribe años después figura esta condicionada manda: "Si la señorita Jesusa Muñoz, de Valparaíso, no tuviera motivos por su estado, que no conozco, en recibir un testimonio de respetuosa amistad de mi parte, mi albacea se servirá

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

entregarle el modesto legado que me permito dejarle de seis mil pesos fuertes"(14)(436).

La nostalgia de la sujetita de Valparaíso debió embargarle cuando concurrió al primer baile en las Tullerías. Sale de él decepcionado: "He conocido - le comenta a Borbón - la verdad del proverbio de que en toda beldad parisiense la mitad es carne y la mitad algodón". Y le agrega: "Yo puedo decir que he estado al abrigo de la carne, enemiga del alma, pero poderosa en los bailes de Corte en los que abundan las beldades octogenarias". La única impresión grata que guarda de la fiesta se la dio la Emperatriz. Acaso deseó decirle la galantería que desliza en este final de su crónica: "La Emperatriz es una gracia: estaba vestida de celeste y blanco, y por su aire español, es decir, casi americano, era para mí la reina del baile (sin necesidad de la corona imperial). No se pensaba de estar cerca de dar a luz un príncipe"(15)(437).

Conseguir una invitación para una recepción en las Tullerías será una de las galanterías de Alberdi para con las compatriotas con las que alterna en París. Una de éstas fue Ignacia Gómez, viuda de Cánovas. Pero esa galantería le valió a Alberdi la crítica de los unitarios, todavía sensibilizados con el color federal, porque Ignacia concurrió a la fiesta imperial vestida de terciopelo colorado...

La vinculación con esta compatriota dio oportunidad a Alberdi para entrar en correspondencia con Manuelita Rosas, porque tanto Ignacia como su hermana Pepita pertenecían al círculo íntimo de la hija de don Juan Manuel. Según refiere Mayer, por entonces Manuelita envió a Alberdi su retrato pidiéndole el de él, a lo que éste contestó humorísticamente: "Voy a esperar un día de buena salud para hacerme una nueva fotografía de 1866. No quiero presentarme del todo feo a los ojos de mis queridas porteñas"(16)(438).

Otros cumplidos menos protocolares debió Ignacia recibir de Alberdi, según lo da a entender la carta que ella le escribe de regreso a Buenos Aires. Después de referirle que había tenido la visita de Nicolás Avellaneda, de naciente prestigio, quien le habló de su comprovinciano con elogio, Ignacia - como para comprometer a Alberdi - agrega: "Antes de venir yo de Europa mandó felicitar a mi mamá y a mi hermana por las voces que se habían esparcido de que yo me había casado con usted".

Ignacia, a quien Alberdi llamaba cariñosamente mi china fea, siguió ocupando un sitio en el sentimiento de Alberdi. La crónica registra, entre las visitas que éste hizo cuando volvió a Buenos Aires, la efectuada a la viuda de Cánovas, en su quinta de Adrogué.

Con la sola excepción de una figura de mujer, a la que dedicaré la segunda parte de este trabajo, se cierra a la lista de los nombres escritos en lo que podría llamarse el carnet de baile de Juan Bautista Alberdi. Con todas ellas él fue galante, sin que el afán de conquista fuera determinante de su comportamiento. Bien puede decirse de él lo que leemos en el Littré del caballero D'Estres, que hizo por Madame de Maintenon muchas cosas galantes que, sin tocar su corazón, agradaban a su persona.

Me queda por referir todo el espacio que una sola mujer ocupó en la vida de

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Alberdi. Fue tal que podría dividirse su existencia sentimental en dos épocas: antes y después de Matilde Lamarca.

II. Cuando Gutiérrez y Alberdi arribaron a Valparaíso, ya estaba allí instalado don Carlos Lamarca con su familia. Los recién llegados contaron con la hospitalidad del compatriota y terminaron poniendo sus ojos en dos de las niñas de la casa.

Gutiérrez, con más temperamento que su compañero, inició un romance con Elvira, la mayor de las hermanas, pero la temprana muerte de ésta cortó el naciente idilio. En una biografía de don Juan María se refiere que a éste, ya prócer, todavía se le humedecían los ojos cuando nombraban a Elvira.

Alberdi fue el admirador de Matilde, la hermana que seguía en edad a la desaparecida. La había visto crecer hasta quedar convertida en una jeune fille en fleur. La primera vez que la menciona es en un apunte sobre una gira por los alrededores de Valparaíso: "Hasta llegar a la costa del prado - dice Alberdi - he traído repetidas veces a mi memoria un semblante de una guapeza sin comparación. Al descubrir desde la costa el valle donde está su casa, me entristeció pensar que Matilde no estaba".

Durante todo el curso de su existencia persistirá en Alberdi el deslumbramiento causado por la "guapeza sin comparación" de Matilde Lamarca.

Apenas deja Valparaíso, ella aparece unida al recuerdo de un canto sacro. Desde Londres envía a Borbón copia de una bellísima letanía, por si algún día Matilde la quisiera cantar en la capilla de los padres franceses donde había oído "cierta música religiosa - dice -, que jamás he querido ni podido olvidar"(17)(439).

En otra carta, siempre con el pensamiento dirigido en la misma dirección, le hace a Borbón este pedido: "Pregúntele usted a Matilde si recuerda las conversaciones en Quillota. Nada hablamos que no fuera tedioso para ella. Y, sin embargo, esas charlas platónicas, como los coloquios de las flores o de los árboles, están siempre presentes en mi alma".

Debido a estos paseos, y al hecho de haber ocupado Matilde el asiento a la derecha de Alberdi en el almuerzo de despedida que le brindó Lamarca en su casa, corrió el ventisello de que el enviado diplomático de la Confederación había partido dejando una novia en Valparaíso. Informado por Villanueva de esta versión, Alberdi le pide que la desmienta por infundada(18)(440).

En su viaje a Roma, después de entrevistar al Papa Pío IX, "¡Es un santo!", exclama. Alberdi recorre con deleite iglesias y museos. Antes de dejar la "Ciudad Eterna" se preocupa por que Borbón, su hija y Matilde reciban un obsequio que les haga partícipes de las emociones artísticas que ha sentido. Entre los cuadros que ha visto le han entusiasmado los de Guido Reni, considerado entonces "el Mozart de la pintura". Y encarga a un artista de nota que tome copia de tres obras de este pintor.

Así se lo refiere a Borbón, explicándole que se trata de La Esperanza, una pintura que integra, con la Fe y la Caridad, de otros autores, y un tríptico que ha contemplado en San Pedro Ad Vínculum; de un San Juan Bautista, del

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

que dice que si Apolo lo viera le tendría celos, "tan noble y bello lo ha pintado Guido Reni"; y del Anima beata, cuadro, le explica a su amigo, "para dormitorio, más que místico". "Pero para dormir frente a esta alba bienaventurada - agrega - es necesario tapparla con un velo, porque es la belleza en forma que asusta" (19)(441).

Más difícil que obtener las copias resultó conseguir que arribara a Valparaíso la encomienda que las contenía. El encargado de transportarla la dejó en Montevideo, provocando este humorístico comentario de Alberdi: "Será que los santos, aun pintados, están destinados a una vida aventurera y difícil".

El joven Lamarca, hermano de Matilde, se encargó de hacer que la encomienda siguiera viaje, pero al llegar a Buenos Aires surgió una nueva demora. La ciudad estaba azotada por la peste y el mensajero tuvo que interrumpir su marcha. Al saber esta reincidente demora de los santos, Alberdi comenta: "La Providencia los llevó en medio de la fiebre amarilla como para socorrer a los expirantes".

Cuando al fin sabe que los cuadros están en Valparaíso, Alberdi le inquiera a Borbón: "¿El San Juan está bonito?; ¿y la Anima beata? ¿Qué ha dicho Matilde?"(20)(442).

Ella le escribió a París agradeciéndole esta galantería. Pero para entonces Matilde era asediada por Manuel del Carril, un hermano de don Salvador María, el vicepresidente de la Confederación. Cuando Alberdi lo sabe, se preocupa por definir su situación, y al efecto se dirige a su amigo Villanueva en estos términos: "Me he envejecido a tal extremo que ninguna niña orgullosa sería capaz de mentirme amor. Desearía que en la calle Chacabuco [la casa de Lamarca] no existiese ninguna ilusión a mi favor. Pongo en las manos de usted mi tranquilidad de celibatario. A medida que me inhabilito para el amor, siento más amistad"(21)(443).

Después, cuando sabe que Matilde se ha casado vuelve a escribirle al mismo amigo: "Ya que hablamos de sueños, le diré que he tenido otro el 21 de marzo, en que he visto a la señora de Lamarca y a nuestro amigo don Carlos en una gran fiesta de familia, muy felices... Desearía, en efecto, que no fuese un sueño la felicidad de la familia Lamarca, para la que tengo tan profunda estima".

Como ya había ocurrido con Virginia y Sarratea, este matrimonio proporcionó a Alberdi una inapreciable compañía. El no conocía personalmente a Carril, pero éste le había hecho partícipe de uno de los fructuosos negocios mineros con los que se había enriquecido en Potosí; de modo que en las cartas a Borbón, posteriores a la llegada del millonario sanjuanino a Valparaíso, no faltan los saludos para Carril.

Cuando se encontraron en Londres, a donde no habían tardado en dirigirse los recién casados, Carril le causa a Alberdi una "agradabilísima impresión", que se acentúa con el trato posterior: "Cuanto mas le conozco más lo aprecio", le dice a Borbón. "Es hombre de buen sentido y buenos sentimientos", agrega, y termina con esta comprobación no exenta de amargura: "Es más feliz que yo"(22)(444).

Por razones de su cargo diplomático, y no por gusto - porque por entonces

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

la ciudad preferida de Alberdi es Londres -,se trasladó a París. Enseguida se encargó de buscar casa para que se instalara el matrimonio amigo, que había resuelto hacer lo mismo.

Ya los Carril en París, Alberdi los hizo invitar a la recepción con que el gobierno francés iniciaba el año. Así empezó Matilde su actuación en una sociedad a cuyos círculos más selectos tuvo después acceso. Del éxito de Matilde en Europa dan idea los versos escritos para su álbum y publicados en un periódico, que Mayer reproduce. Dice el poeta: "Nunca tantos despojos / vieron Pizarro y Cortés / como aquí rendidos están / a los rayos de tus ojos"(23)(445).

Ella intercambia visitas de cortesía con Alberdi. "Esta noche, día de San Pedro - le escribe a Borbón -,iré a cumplimentar a Matilde, como ella vino a visitarme el día de San Juan." Después, cuando los años le han vuelto más sedentario, se disculpa por no poder dar a Borbón más noticias de Matilde. "No la veo hace tiempo le dice. El ir estas noches heladas a su casa, tan lejos, me arredra."(24)(446).

El trato de Matilde dio a Alberdi ocasión para apreciar sus dones morales. Elogia la fortaleza y la ternura de ella: en una ocasión refiere el coraje que demostró al no haber trepidado - desafiando el peligro del contagio - en recoger en su casa a una amiga cuyo marido hacia muerto de viruelas.

En otra, a raíz del dolor causado por la muerte de don Carlos Lamarca, Alberdi le escribe a Borbón: "Es inútil decir a usted cuánto y cómo lo ha sentido la pobre Matilde... Yo no la he visto aún porque no estaba visible. Pero Carril viene a menudo y me da noticias de impresiones que hacen el más alto honor a su corazón y a su educación".

Y cuando doña Petronita, la viuda de Lamarca, pone término a la temporada que ha pasado con su hija en París, Alberdi, enternecido, le comunica a Borbón que "Matilde ha llorado como no tiene usted idea"(25)(447).

El más expresivo juicio sobre la personalidad de su amiga ya lo había volcado en una carta escrita a los comienzos de la vida matrimonial de los Carril: "Matilde - dice - entra más y más en la inteligencia de sus nuevos deberes. Es una interesante persona. Yo fui un estúpido en vacilar. Hoy no tengo para ella sino el más grande y cariñoso respeto. Carril y ella son para mí dos buenos amigos".

Como era costumbre en la gente de la alta sociedad con la que alternan, el señor y la señora Carril salen anualmente a hacer su cura de aguas en las termas más famosas. A raíz de una de esas ausencias de París, Alberdi escribe: "Matilde y Carril siguen en Hambourg, lugar de baños, elegante; es decir, de juego, conciertos, carreras, fiestas continuas. Si en el alma de Matilde reinara la felicidad que hay a su alrededor (y no hay por qué dudarla), los ángeles del cielo le llevarían corta ventaja. Yo, que la he querido siempre, la veo ser feliz con el más sincero contento".

Aquellas curas termales mantienen a sus amigos en una lozanía que Alberdi no se cansa de comentar: "Es como si el tiempo no corriese para ellos", escribe una vez; en otra carta dice que Carril "está como un hombre de cuarenta años y Matilde parece no salir de los veinticinco". Es tal el estado que lucen, que a raíz de que otro matrimonio conocido ha tenido un hijo

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

después de años de casados, Alberdi comenta: "Matilde está picada con este prodigio. Pero yo le dije a Carril que no se juegue porque puede tener otro susto"(26)(448).

Pasa el tiempo y la admiración de Alberdi por Matilde no decae. En una carta traza estas líneas que parecen corresponder a la espléndida dama pintada por Renoir en su cuadro La Loge: "Anoche - le refiere Alberdi - visité en la Opera a nuestra amiguita la señora de Carril, elegante fresca y joven como si tuviera veinte años".

Poco después, cuando ya tiene todo dispuesto para dejar Europa dice a Borbón: "Carril y Matilde están al cabo de mi situación". Y antes de zarpar, le agrega: "Todos los días hablamos de usted con Carril, pero él preferiría ver a ustedes aquí, no en el Plata, tal vez porque no lo ha visto nunca. Matilde tiene otros deseos, no obstante el rango elevado que goza en la sociedad parisiense"(27)(449).

Se diría que Alberdi vino confiado en que los "otros deseos" de Matilde se cumplirían y que, al ver que pasaba el tiempo sin que ello ocurriera, tomó la decisión de volver a París.

Otra vez allí, en 1882, ya en compañía de los amigos, Alberdi se siente renacer. Lleno de entusiasmo le escribe a Borbón: "El 20 de marzo es el día en que todo París irá al Jardín de las Tullerías a ver los retoños primeros y precoces de los marroniers. Hoy, 19 de marzo, no hay un solo árbol en toda la vasta región de París que no esté en flor o con hojas".

Esta fue la última primavera en la que Alberdi reverdeció. Las dos siguientes las vivió, pero ya no las disfrutó. Al final, en su desarreglo mental, seguramente hasta Matilde cayó en el olvido.

¿Qué explicación tiene el sentimiento que unió a Alberdi y Matilde? Desde luego que él sintió admiración por la "guapeza sin comparación" de ella; ella la tendría también por la inteligencia y el modo de ser de él.

A estar a lo que dice Stendhal, la admiración se cristaliza en el amor - pasión. Eso es lo general, pues el autor de L'Amour aclara que existe también el amour goût, el amor sin pasión. Y, describiendo esta variante en el varón, dice: "Es posible que los hombres que no son susceptibles de sentir el amor apasionado, sean los que sienten más vivamente el efecto de la belleza; es acaso la impresión más fuerte que pueden ellos recibir de las mujeres". Tal parece haber sido el caso de Alberdi.

En cuanto a Matilde, es posible que contestara al interrogante que plantea su amistad con Alberdi, con esta réplica que Stendhal atribuye a una mujer inteligente: "Ustedes. hombres toscos, no ven sino una cosa en el amor naciente: se ama o no se ama. Es así como el vulgo se imagina que el canto de todos los ruiseñores se parece; pero nosotros que sentimos placer al escucharlo, sabemos que, sin embargo, hay diez variaciones diferentes de un ruiseñor a otro".

Epílogo: en 1891. Matilde, ya viuda y siempre en París, envió a Buenos Aires, donde tramitaba la sucesión de Alberdi, los papeles y efectos personales de éste, que había guardado en su casa con piadosa ternura.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal